

LOS GRABADOS DE SILVA SANTAMARIA

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

La reciente exposición de grabados de Guillermo Silva Santamaría, en la Biblioteca Luis-Angel Arango, nos puso en contacto nuevamente con uno de los pintores más severos, aristocráticos y sutiles con que hoy cuenta el país.

La evolución de Silva parece haberse cumplido al revés de otros artistas de nuestro tiempo. Sus primeras obras, aquellas que conocimos en Bogotá hace unos diez años, nacieron y se desarrollaron bajo una voluntad de abstracción. Planos rigurosos, colores estrictos e inhibidos, todo ello encaminado a una búsqueda ecuacional, casi aritmética, de sus objetivos plásticos. Mucho de frialdad, de exceso en la lucidez, de ascético dominio de sus facultades, acusaban aquellas composiciones. El terror de Silva a la frondosidad, que parece ser su característica privativa, se confabulaba para tascar su opulenta imaginación. Más tarde tuvimos noticias de su labor en México y otros países y pudimos apreciar esquivas muestras de ella en exposiciones colectivas. Notábamos, eso sí, el acelerado viraje hacia lo figurativo, hacia una más reconocible narración de sus sueños, que se iba operando en su evolución de pintor.

La muestra de ahora en la Biblioteca Luis-Angel Arango ha sido una verdadera revelación. Está allí, en plenitud, la geografía expresiva de un hombre que ha meditado, soñado y padecido a través de la forma. Y está, asimismo, la evidencia de una cultura profunda, sagaz y morosa en torno del quehacer y el destino del hombre. Cada grabado es un dichoso triunfo de la habilidad manual, un documento simbólico, un esfuerzo de la inteligencia por capturar y descifrar un enigma.

Porque el tema se trasciende a sí mismo. No se trata de ilustrar una temática, en este caso concreto los torneos medioevales o los estragos atómicos en la sociedad contemporánea. Se trata, por el contrario, de la observación minuciosa, transfigurada en sutil anatema plástico, de una cruenta tendencia del ser humano. Desde este punto de vista Silva Santamaría es un pacifista integral. Pero esto, que en su fondo no pasa de ser una conducta del espíritu con matices particulares, quedaría invalidado si su solución no fuera alcanzada por la más feliz y suntuosa artesanía. Es notorio que Silva Santamaría ha apreciado este peligro. Y, lejos de caer en el retoricismo gráfico, lejos de comprometer su concien-

cia de pintor con un cartelismo más o menos astuto, nos entrega el deleite, la unción casi religiosa con que su materia ha sido trabajada. Cada grabado es una joya labrada, pulida, instalada en su centro de luz, por la ternura de un orífice. Esto explica ese brillo recatado de los brocados y esas varillas que fulgen como pelusas de diamante en las cotas de malla o en los yelmos de sus caballeros góticos. Parece como si todo el misterio y el terror de la cristiandad —donde el demonio titila en las pupilas de las gárgolas o en las estrellas de sangre que coronan las lanzas— hubiera buscado este remoto hijo de occidente nacido en América para ofrecernos una postrera lección de intensidad y de orgullo, de imprecisable alusión, cargada de inauditas posibilidades de gozo visual. Un enigma, repetimos, queda flotando en todo esto. Porque esos torneos, participando de una atmósfera ilustrativa, rebasan su ámbito de gobelino y penetran en nosotros, reclaman nuestro deseo, ejercitan nuestra ansia de exultación y poderío. Aquellos caballeros —finos, delgados, encastrosados en sus armaduras como en torreones de metal y de oro, desmayados en la danza heroica o concentrados en un terrible y quimérico pensamiento— son tan nuestros, tan inmediatos, como el pajarero ciclista cuyas aves parecen flotar, detenidas, en el pendón de una composición vertical.

No queremos hablar aquí del dominio tenso que Silva Santamaría tiene del espacio ni de su martirizante delicia para aprisionar inconcebibles gradaciones en un mismo color. Esto entraría en el terreno de sus puros atributos manuales. Hemos querido, apenas, transmitir nuestra emoción intacta. La que nos ha suscitado un hombre que entiende su faena como un acto de regocijo sacrificial. Silva Santamaría, como muy pocos, tiene el poder de recordarnos que, más allá de cualquier habilidad, la pintura es un instrumento de purificación y de amor.